

¿Familia-Escuela, ... un amor imposible?

Un reto sugerente: acercar dos mundos alejados (familia-escuela)

Según el informe Delors para la UNESCO¹ los cuatro pilares en los que ha de sostenerse la educación del siglo XXI son: aprender a ser, aprender a convivir, aprender a hacer y aprender a pensar. Éste es un bello reto, una meta apasionante, un camino que invita a ser paseado, recorriendo hasta el último recoveco para no perdernos ninguno de sus deleites.

A parte de otros muchos factores, hay un aspecto troncal en este sueño: parece poco probable conseguir estos objetivos si no contamos con el apoyo, si no podemos aunar nuestros esfuerzos con los de las propias familias de los niños y niñas a los que pretendemos ayudar y acompañar en su proceso educativo y de crecimiento personal ¿Cómo podemos imaginarnos potenciar el aprender a ser, o el aprender a convivir, si unos y otros nos cerramos las puertas del diálogo, sincero, desinteresado, en nuestras propias narices? Es un contrasentido, un desliz de incongruencia que no podemos permitirnos. Es como si tratáramos de manejar un barco con dos timoneles, y que cada cual intentase llevarlo a un puerto distinto, arriesgando la vida de la tripulación enfrentándola a mil enfurecidas tormentas, dentro y fuera del propio barco.

Desear, imaginar, esperar, ..., conseguir este emparejamiento parece, hoy por hoy, algo más que una utopía. Parece como si ambos colectivos estuviéramos destinados a la incompreensión. En el mejor de los casos se da una situación de incomunicación, y muy a menudo lo que aparece es un claro conflicto, siempre destructivo en el fondo, aunque encubierto en la superficie.

Cuántos sinsabores, cuantas decepciones, cuantas acusaciones mutuas, ... La historia de la relación entre educadores y familias está plagada de múltiples capítulos escritos con experiencias de este tipo, que a menudo han llevado a esa situación de incomunicación acentuada en la que todas las partes se sienten extremadamente incomprendidas. Pequeños y grandes conflictos que han hecho de las paredes de los centros docentes murallas inexpugnables.

Las preguntas, las dudas, las heridas, aparecen a borbotones unas detrás de otras. Las respuestas resultan más complejas de hilvanar. Ahí van algunas de esas cuestiones y algunas posibles, aunque limitadas, reflexiones, que no respuestas. Las respuestas concretas se las debe ir elaborando cada uno con tiento, buena fe y una gran dosis de ilusión y esperanza.

Algunas referencias iniciales: actitudes que favorecen la relación

Muchos son los libros y las publicaciones que hacen referencia a las actitudes y acciones que favorecen un buen desarrollo de las relaciones personales. Todas ellas, sin exclusión, hablan de cuestiones variadas como, por ejemplo, el aceptar y el respetar la diversidad, desde una perspectiva amplia y global, que abarca tanto los aspectos étnicos y culturales, como las peculiaridades fisiológicas y cognitivas, así como las diferencias de opinión, los distintos puntos de vista y maneras de ser.

También, de la necesidad de crear contextos cálidos y acogedores donde las personas se puedan sentir a gusto, desarrollando sus mejores potencialidades, echando mano de su creatividad gracias a sentirse contenidas, confiadas, en una palabra, seguras. Así

¹ Educación: hay un tesoro escondido dentro, Jacques Delors (1996), UNESCO

mismo, también ayuda, una mirada positiva delante de la vida y sus múltiples circunstancias, y especialmente delante de las maneras de hacer de los demás, de sus intereses, de sus desasosiegos, de sus esperanzas e ilusiones.

Quizás uno de los aspectos más potentes en esta dirección sea el desarrollo de una capacidad de escucha activa, que requiere del regalo del tiempo, procurando no precipitarse en dar respuestas, consejos o en lanzar máximas que sienten cátedra. Posiblemente, esta capacidad de escucha sea la medida más preventiva que existe a la hora de evitar conflictos puesto que nos permite, por una parte, la distancia suficiente como para no encontrarnos, inmediatamente, metidos dentro de una discusión o de un malentendido sin haber podido observar o analizar la situación y sus circunstancias, y, por otra, porque nos permite conectar con experiencias anteriores que nos pueden servir de cojín para la actual, además de que potencia, en el otro, una postura menos vindicativa.

Seguro que podríamos ahondar en esta dirección, pero me parece interesante introducir otros aspectos que son menos usuales en las reflexiones alrededor de esta temática, aunque no por ello menos significativos. Creo que, si bien necesitamos tener muy en cuenta esos aspectos, también me parece conveniente introducir algunos de nuevos que nos ayuden a dar un salto cualitativo que favorezca cambios a un nivel más profundo. Quizás resulte prepotente por mi parte, pero acepto correr el riesgo de equivocarme y admitir las críticas pertinentes antes de quedarme con los brazos cruzados, repitiendo las mismas letanías de siempre. Se trata de un intento para clarificar mis propias ideas y creencias, con el bienentendido de ofrecer a cambio un punto de vista controvertido, quizás, pero sincero sin duda. Para ello haré referencia a un abordaje de los conflictos familiares y relacionales que se inscriben en una corriente sistémica² que se define como “Constelaciones Familiares”³.

Estas constelaciones se estructuran ubicando a los representantes de los miembros de un contexto relacional, que no funciona de una forma suficientemente armónica, en una posición determinada en el espacio donde se desarrolla la simulación, hecho que moviliza y hace emerger las emociones con las que esos representantes sintonizan, respecto de la de los personajes reales, con el objetivo de buscar nuevas configuraciones espaciales que ayuden a construir imágenes distintas, y más funcionales, de esas relaciones⁴. Con el devenir del tiempo y la intervención de los afectos, estas imágenes reelaboradas acabarán siendo reparadoras. No entraré a explicar, más allá de estas referencias, en qué consiste esta estrategia terapéutica, sin embargo si voy a explicitar las reglas generales que la sustentan y que, pensando en ellas de una forma más matizada, me ha parecido que sintonizan muy bien con la temática que estamos abordando, y pueden aportar algo de luz para que no andemos tan a tientas en este jeroglífico en que se convierten, a menudo, estos contextos.

La necesidad de la pertenencia

Se trata de tres ideas, como tres principios⁵ que orientan una estrategia que en la práctica de la intervención con familias se muestra muy eficaz. Estas tres reglas son simples de enunciar pero complejas de definir. La primera de ellas es de una lógica bastante evidente y está enraizada en los sentimientos más profundos del ser humano: la necesidad que tenemos de sentirnos pertenecientes a un grupo determinado. Si no

² “Fundamentos de la terapia familiar sistémica” Lynn Hoffman (1981), Fondo de Cultura Económica

³ Para más información, a parte de la bibliografía: www.institutgestalt.com

⁴ “Reconocer lo que es”, Bert Hellinger y Gabriele ten Hövel (1999), Editorial Herder

⁵ “Felicidad dual: Bert Hellinger y su psicoterapia sistémica”, Gunthard Weber (1999), Edit. Herder

se cumple este principio básico nos sentimos perdidos, diluidos, como vacíos, porque no encontramos nada donde asirnos. Este hecho resulta tan importante para un niño que le puede comportar un dolor insostenible. Si no siente que pertenece a un núcleo familiar, difícilmente podrá construir las bases de su propia identidad y su proceso de crecimiento se verá seriamente obstaculizado. Para conquistar esa pertenencia los niños son capaces de cualquier cosa y a cualquier precio, creando una gran dependencia de los adultos para intentar conquistar su cariño y aceptación. Ese precio, muchas veces, se paga aceptando, incluso, el abuso físico o sexual, y cualquier otro tipo de vejación física y psicológica. La necesidad de cariño y amor es tan grande que se traspasa cualquier barrera para conseguirlos. Muchos niños y niñas, aunque aparentemente enferman por otros motivos, en el fondo lo hacen por esta necesidad, llegando incluso a pagar con la vida su deseo.

Para los adolescentes, en crisis permanente con ellos mismos, esta falta de pertenencia, en cierta medida natural por el periodo que atraviesan, porque están elaborando una imagen más definitiva de sí mismos a partir de poner en crisis toda elaboración y seguridad anterior, en los casos extremos, o en los casos en los que se arrastra de largo tiempo, les puede llevar a buscar en otro tipo de grupos, distintos de la familia, esa sensación potente y necesaria, y así aparecen los grupos marginales y violentos y una multiplicidad de dependencias entre las que el consumo desmesurado de drogas se manifiesta como una vía preferente. Y para cualquier adulto, especialmente aquellos que han sufrido en su propia piel situaciones de inmigración o marginación social, éste es un aspecto recurrente que mediatiza todas las circunstancias de su vida.

Sin intentar hacer una analogía absoluta, sí podemos imaginarnos que para que las familias se muestren próximas a establecer una relación significativa con los centros y con los miembros de sus equipos docentes, hará falta que puedan sentir esa vivencia de pertenecer de alguna manera a la comunidad educativa en la que están constantemente en contacto. No es tarea simple, pero si no se consigue que en los centros educativos se haga todo lo posible para abrir las puertas a las familias y se les invite a participar más o menos regladamente, según las situaciones, en sus actividades y acontecimientos, será difícil que puedan sentir esa sensación de acogida y, por tanto, elaborar ese sentimiento de pertenencia que es el que, por una parte, permite vincular a las personas a un proyecto, a la vez que favorece el desarrollo de vivencias comunes, dos condiciones que facilitan una impronta que una vez configurada se puede continuar alimentando con cierta facilidad.

De nada sirven las puertas de atrás, las posibilidades de segunda línea, los “¡sí, ... pero!”, las buenas intenciones que se quedan en palabrería, a medio camino. O nos convencemos de que las familias deben caminar a nuestro lado, haciéndoles un lugar dentro de la estructura de las escuelas, o todo lo que hagamos será poner parches, porque estaremos contraviniendo un hecho fundamental que es el de la construcción de ese sentimiento insustituible: el de sentir que se pertenece a un colectivo determinado, en el que se ponen en juego cosas importantes (¡y no es poco dejar en manos de otros buena parte de la educación de los propios hijos!). Aparecen, aquí, las inseguridades que nos son familiares y atenazan nuestras intervenciones, los roles de poder, las celosías, y toda una serie de elementos que van carcomiendo las raíces de un posible entendimiento, entre ellos nuestra compulsividad a poner etiquetas.

Respetar el orden natural de las relaciones y de los roles

La segunda regla, que complementa y clarifica la anterior se centra en la necesidad que existe en todo sistema relacional de mantener el orden natural de las relaciones que en él se dan, y de aquellos que las sustentan, a partir de los roles que ocupan. Este principio se entiende fácilmente con imágenes de la experiencia familiar cuando, por ejemplo, en un núcleo de tres miembros, padre, madre y un hijo o una hija, cualquiera de los dos adultos, y a veces los dos, intentan resolver los conflictos que existen entre ellos utilizando, a menudo de una forma inconsciente, a su propio hijo/a. Al hacerlo, se rompe la estructura natural de ese núcleo porque se mezcla el nivel de la relación conyugal y parental con el nivel de la relación filial, poniendo al hijo o a la hija al lado de uno de los dos, del padre o de la madre, estableciendo una separación entre ellos que, también a menudo, se señala por el enfrentamiento al otro. De esta manera el hijo o la hija es colocado en una posición que no le corresponde, con una responsabilidad y un rol que no son los suyos, generándole un gran desconcierto que a la larga se traducirá en la emergencia de algún tipo de síntoma que habrá que tratar específicamente, con el agravante de que si se intenta trabajar, exclusivamente, con el hijo/a no se podrá resolver la situación porque el origen del conflicto, la parte significativa, la parte sumergida, si tomamos la metáfora del iceberg, está en los adultos. Todas las parejas tienen temas pendientes por resolver, y deberían aumentar el nivel de consciencia de que, para resolverlos, no pueden transgredir ese nivel en la estructura y en los papeles de cada uno de los miembros del sistema.

¿Cómo se traduce esto en los contextos educativos? En el día a día se ve con cierta facilidad. Los padres y madres se quejan de que los docentes invaden su espacio de privacidad diciéndoles lo mal que lo hacen y aconsejándoles cómo deberían hacerlo, batiendo al viento la bandera de que es lo mejor para sus hijos; y los maestros y las maestras se quejan de que las familias les están constantemente desautorizando, favoreciendo comparaciones desdeñosas e infravalorando su trabajo y su esfuerzo: *¿cómo puede ser que me tomen tan poco en serio, que hagan tan pocos esfuerzos cuando yo me desvivo para ayudar a su hijo, sacrificando horas de mi tiempo libre y machacándome para hacer funcionar las clases!*; suele ser una exclamación habitual en los pasillos de los centros de enseñanza.

Parece como si se estuviera en una constante batalla defendiendo cada cual su postura inflexible. Me pregunto si nos hemos detenido alguna vez, de una forma consciente, a pensar si no estaremos contraviniendo, unos y otros, este principio básico de respetar el orden natural de los roles y las responsabilidades. ¿Qué derecho tenemos los educadores para situarnos como modelos, como referentes intocables, frente las mil y una dificultades por las que suelen pasar las familias? Sólo en casos muy específicos, y siempre con el consentimiento explícito de las propias familias, nos podemos arrojar la libertad de hacer funciones que pertenecen a sus responsabilidades (imaginemos, por ejemplo, situaciones críticas de falta de higiene, de alimentación o desamparo afectivo). Fuera de estas situaciones no podemos tomarnos la libertad de transgredir la responsabilidad de la propia familia, incluso si tenemos la certeza de que no se toman esas responsabilidades con el rigor debido, puesto que con ello traspasamos el umbral de nuestro rol y función. Soy consciente de que habría que profundizar más en el análisis de estas cuestiones porque tocan aspectos muy controvertidos en los contextos educativos. En este momento tan sólo trato de apuntar ideas para la reflexión.

Por qué no probamos de cambiar nuestra actitud, por qué no intentamos aproximarnos a las familias sin esa arrogancia que a veces nos caracteriza, y quizás nos

sorprendería ver cómo, sintiéndose respetadas en lo más profundo de su propia manera de funcionar, sin reclamaciones, también modificarían su actitud, se volverían más receptivas y probablemente serían ellas mismas las que nos pedirían ayuda, porque puede que no utilicen buenas estrategias pero, en general, no son ni estúpidas ni tan despreocupadas. Sin embargo, este cambio de actitud del que hablo no es tarea fácil, en la superficie parece que no debería ser tan difícil, pero en la profundidad de nuestro ser la cuestión resulta mucho más compleja porque nos mueven impulsos que tienen que ver con nuestras necesidades más primarias, a menudo no resueltas, que suelen estar ligadas a los afectos, al dolor de las pérdidas y al pánico de los abandonos. El principio es fácil de nombrar, recuperar el orden natural de los roles, funciones y responsabilidades, la práctica requiere de mucho valor y sinceridad con uno mismo.

El equilibrio entre el dar y el recibir

Y, como tercera regla, una idea que complementa las dos anteriores: en toda relación se debe mantener un cierto equilibrio entre el dar y el recibir. Cuando ese equilibrio no existe, o se desvanece constantemente, siempre hay alguien que está en deuda con el otro. Quien se siente en deuda se siente a disgusto y utiliza todas las estrategias que tiene a su alcance para restablecer el equilibrio. Cuando uno tiende a dar compulsivamente, el otro no encuentra estrategias suficientemente válidas para la compensación positiva y, muy pronto, cae en la búsqueda de la compensación en negativo, atacando, desconfirmando, desprestigiando, ... Es una carrera sin límite de jugadas y de metas. Es devastadora y extremadamente dolorosa.

Puede ser que detrás de esa compulsividad, que a menudo podemos autoreconocemos en nuestra intervención profesional, exista un sentimiento de omnipotencia que resulta demoledor. Ese sentimiento no es otro que el de sentirse mejor que el otro, el de otorgarse el derecho de poder pensar y decidir por los demás, a expensas de los sacrificios que hacemos, de las horas que dedicamos y de los esfuerzos titánicos que realizamos en aras de la educación de "sus hijos e hijas", o, quizás, simplemente porque creemos saber mucho más sobre nuestra tarea ...

Desde la perspectiva en la que sustento esta reflexión es posible que sin un acto de humildad profundo y sincero no podamos resolver estas dificultades y nos quedemos estancados en un círculo vicioso, sin salida ni retorno. Habrá, pues, que aprender a encontrar la medida de aquello que damos para que las familias encuentren su propia medida para restablecer el equilibrio, y habrá que hacerlo sin pasar facturas, aceptando desde lo más hondo de nuestro ser que cuando hacemos una cosa, en el fondo, muy en el fondo de nosotros mismos, lo hacemos porque queremos, y las razones pueden ser mil, aunque conocerlas o reconocerlas no sea, probablemente, lo más importante (compensaciones, sublimaciones, ...). El caso es que si aceptamos este hecho es posible que sintamos el alivio de no tener que pedir nada a cambio por todos aquellos esfuerzos que realizamos, porque finalmente no son un esfuerzo hecho en función de los demás sino en función de una necesidad propia.

Como contrapunto a esta forma de dar, cargada de paternalismos que confunden más que ayudan, también nos podemos reconocer pidiendo a las familias que colaboren con la escuela, pero de una forma totalmente interesada, o bien porque falta mano de obra para organizar una actividad de la clase, una fiesta, ..., o bien porque necesitamos su apoyo para aprobar algún proyecto o alguna reivindicación laboral. Visto desde esta perspectiva este recibir también resulta compulsivo, y no ayuda demasiado a la relación porque no favorece el equilibrio.

Este acto de humildad del que hablaba es francamente duro de llevar a la práctica, pero los efectos que comporta en el marco de las relaciones son tan potentes que bien merece la pena intentarlo: éste sí que puede ser un proyecto de crecimiento personal y profesional altamente significativo y productivo. Desde el mismo momento que no pasamos factura por aquello que hacemos y situamos el esfuerzo en el marco que le corresponde, el otro vive una liberación de la presión tan grande, de la culpa que siente por no poder responder al nivel de la demanda del otro, que automáticamente se muestra disponible y es capaz, a su vez, de dar sin reclamar nada a cambio. Es así como se restablece el equilibrio. Ciertamente las cosas, las circunstancias de la vida y de algunos contextos escolares y familiares, no son tan simples como deseáramos y este principio no siempre es fácil o factible de llevar a término. De lo que estoy hablando es de un “tender hacia”, de construir un puente, una mayor consciencia en esa dirección para subsanar, en la medida en que esas circunstancias lo permitan, los desajustes y descompensaciones.

Un paso definitivo: cambiar los protocolos de poder por los de reconocimiento

No intento, con todas estas reflexiones, lejos está de mi deseo, plantear una crítica corrosiva a nuestro quehacer como docentes, y, por encima de todo, me gustaría remarcar un aspecto que resulta muy significativo: cuando analizamos estas cuestiones resulta muy distinto si las enfocamos desde las funciones y no tanto desde las personas, que siempre deben quedar protegidas; éste es un principio básico que si se respeta ayuda en gran medida a la mejora del entendimiento mutuo porque nadie se siente agredido en su propia identidad. Mi intención es la de aportar una perspectiva distinta, un punto de vista más global en algunos aspectos de esa función educativa que suelen mantenerse desenfocados, a los que no ponemos nombres propios, sobre los que no solemos incidir, y sin embargo continúan actuando, provocando, a mi entender, una serie de situaciones relacionales que derivan en conflictos difíciles de resolver si no se recurre a una reflexión sobre los orígenes. Algunas veces nos parece que podríamos hallar esos orígenes en simples malentendidos, que también los hay y muchos, en pugnas por la razón, ..., pero seguramente se hallan subyacentes en espacios más recónditos de nuestra vida afectiva y emocional.

La tarea no es simple, soy plenamente consciente de ello. Queda bastante claro por la forma como van las cosas a este nivel de las relaciones entre las familias y las escuelas. Los niveles de análisis y de intervención que solemos utilizar, en algunos casos mejoran la situación, pero en pocas ocasiones producen cambios realmente significativos. Pienso que hay que ahondar más y llegar hasta la médula, hasta las zonas donde están las resistencias reales para entrar en una dinámica de progreso más satisfactoria.

Desde esta perspectiva no nos queda otro remedio que renunciar a los protocolos relacionales que se sustentan en los roles de poder para dar paso a los roles de reconocimiento⁶. Para que aquellos aspectos que nombrábamos anteriormente de la aceptación de la diversidad, la creación de contextos cálidos y acogedores, la mirada positiva y el darse tiempo para la escucha, ..., puedan realmente sernos útiles, se deben sumergir en un baño preparado con todos los ingredientes a los que nos referíamos al hablar de las reglas de los sistemas relacionales. Será entonces cuando podamos dar ese salto cualitativo, de la desconfirmación, del ataque personal, del desprestigio, del poder, de la incomunicación, del desconocimiento, a la comunicación,

⁶ “Idolatría del poder o reconocimiento”, Ruth Swartz (1989) , Grupo Editor Latinoamericano

al reconocimiento sincero del otro, sin esperar nada a cambio porque estamos haciendo aquello que debemos y porque al hacerlo no saldamos ninguna cuenta con los otros sino que resolvemos algunas historias pendientes con nosotros mismos⁷.

Y junto a todo esto, el convencimiento de que, en definitiva, la escuela y sus proyectos deben crecer junto con el conocimiento y la participación de las familias. Si no es así, ocurre como con cualquier pareja de cualquier lugar del mundo: si uno de los dos inicia un proceso que le lleva en una dirección muy distinta del proceso del otro, si no se le permite participar, sin exigencias, de ese proceso, o no se intentan compaginar los procesos de ambos, la única vía de salida es la separación, el divorcio. No es muy alentador, en este sentido, mirar las estadísticas sociales. En la escuela nos pasa exactamente lo mismo, si no se da ese crecer juntos, ese resolver el día a día con el conocimiento del otro, llega la separación, el divorcio y, los mil y un conflictos que conocemos, están servidos en bandeja.

Como se puede observar, lo que ocurre en el marco de la relación familia-escuela, las razones que aparecen en esta reflexión, nos pueden servir también para entender cualquier otro ámbito relacional, sea el que se da en las aulas entre los docentes y los grupos de niños y niñas, o entre los miembros del claustro de profesores, incluso en el marco de la misma familia, aunque con pequeños matices diferenciadores.

En última instancia, el título que encabeza esta reflexión no es casual, aleatorio, o burdamente comercial, más bien plantea una cuestión trascendente, irrenunciable, necesaria. Probablemente las estrategias que utilicemos para que estos dos mundos, familia y escuela, se puedan acercar, nos sean útiles, y las actitudes que desarrollemos servirán como un bálsamo para aliviar las heridas abiertas por el roce de los conflictos que nos depara constantemente la vida (¡ ..., afortunadamente!). Pero será definitivamente el amor el que inspirará la confianza necesaria para acabar de encajarlos sin suspicacias, sin falsas expectativas, aceptando las múltiples circunstancias en las que cada parte navega sin cesar. Y debe ser un amor sin demasiadas condiciones, un amor que nace de la aceptación de nosotros mismos, tal y como somos, con todas nuestras virtudes y capacidades así como con nuestras limitaciones y frustraciones, procurando no mezclarlas ni utilizarlas como letras de cambio en aras del amor por los demás.

Carles Parellada Enrich (ICE UAB)
Esparreguera, a 15 de Marzo del 2001

⁷ "Teoría de la comunicación humana", P. Watzlawick, J. Beavin y D. Jackson (1967), Edit. Herder